

Dios Pelea por Ti (Cap. 5)

Josué 10; 11

El Juez de toda la tierra

Hemos visto en el capítulo anterior que el plan original de Dios no era que los israelitas lucharan contra sus enemigos. No habrían necesitado luchar si hubieran ejercido una confianza completa en la guía y providencia de Dios. La desconfianza y la incredulidad del antiguo Israel llevaron a que Dios permitiera que los enemigos de los israelitas les hicieran la guerra y que el pueblo se defendiera a sí mismo. En este capítulo, descubriremos que, incluso bajo las circunstancias en las que Dios delegó Su poder destructivo a Su pueblo, mantuvo el proceso bajo Su **control teocrático** y estableció límites estrictos para su implementación.

Debido a la Caída, Adán y Eva perdieron su dominio dado por Dios sobre la tierra, y nuestro mundo se convirtió en un territorio hostil en manos de Satanás, el rebelde (Juan 12:31; 14:30; 16:11). Desde ese momento, los habitantes de la tierra se dividieron en dos grupos: los **hijos de Dios** que invocaron el nombre del Señor (Génesis 4:26), y las **hijas de los hombres** que, como Caín, eligieron el camino de la rebelión contra Dios (Génesis 6:1, 2, 5). En Su misericordia, Dios restringió continuamente el reinado desenfrenado del mal en la tierra mediante el Diluvio (Génesis 6:9-8:22) y luego dividiendo a la humanidad al crear diferentes idiomas en Babel (Génesis 11:1-11). En la **gran controversia**, las dos formas de relacionarse con Dios se manifiestan claramente en la Torre de Babel. Génesis 10 habla de los descendientes de Noé y traza la línea de Sem hasta Heber, quien tuvo dos hijos, Joctán y Peleg (Génesis 10:25). Pero las dos líneas de descendencia apuntan en dos direcciones completamente diferentes. La rama de los descendientes de Joctán continúa con la construcción de la Torre de Babel. Luego, después de que Moisés describe la rebelión de Babel, regresa a los descendientes de Sem y continúa trazando el linaje a lo largo de la línea de Peleg, donde la historia conduce a Abraham. De hecho, en el tiempo de Peleg, la tierra fue dividida de nuevo (versículo 25) entre aquellos que, como Abraham, confiaron en Dios para *hacer grande su nombre* (Génesis 12:2), y aquellos que buscaron *hacerse un nombre* a sí mismos (Génesis 11:4).

Según Deuteronomio 32:8, Dios entregó las naciones de la tierra a los dioses —poderosos ángeles rebeldes, es decir, demonios (versículo 17; cf. Salmos 106:34-37)—, mientras que Él escogió a los descendientes de Abraham como Su propia herencia (Deuteronomio 32:9). Los escogió con el propósito de bendecir a todas las naciones de la tierra a través de ellos y traer a las naciones de vuelta a Sí mismo. En este contexto, vivir en una determinada tierra no era un derecho, sino un privilegio otorgado por el Gobernante supremo. Aunque Dios permitió a las naciones de la tierra vivir en cierto grado de ignorancia respecto a Su **revelación especial**, no las dejó sin conocimiento de lo que estaba bien y lo que estaba mal (Romanos 2:14,15). Cuando su iniquidad alcanzó un límite (Génesis 15:16), Él intervino con Su juicio.

Dios mantuvo a Israel en Egipto hasta que la iniquidad de los amorreos se cumplió (Génesis 15:16). Basándose en el registro bíblico e histórico, no es difícil entender por qué Dios eligió dispersar a los habitantes de Canaán como lo hizo con los rebeldes de la Torre de Babel. La **inmoralidad** y la **naturaleza perversa** de los antiguos cananeos pueden inferirse de algunos textos en Deuteronomio, Levítico y Esdras (Deuteronomio 18:9-12; Levítico 18; Esdras 9:11) que condenaban los centros cananeos por sus prácticas religiosas. Estas prácticas prohibidas incluían el **sacrificio de niños**, la **adivinación**, la **brujería**, la **hechicería**, la **nigromancia**, el **espiritismo**, el **incesto** y la **bestialidad**.

Los antiguos textos ugaríticos de Ras Shamra arrojan más luz sobre la sociedad y la religión cananea, apoyando la condena bíblica. La religión cananea se describe como centrada en la creencia de que las relaciones sexuales entre dioses y diosas controlaban la fertilidad. Esta creencia llevó a prácticas rituales como la **prostitución sagrada**, que involucraba a prostitutos y prostitutas participando en orgías sexuales para alentar a los dioses a promover la fertilidad.

Según eruditos como John Bright, la religión cananea se caracterizaba por ser *una forma extraordinariamente degradante de paganismo, con prácticas prevalentes como la prostitución sagrada, la homosexualidad y los ritos orgiásticos*. Se creía que las características de las deidades cananeas, incluyendo la brutalidad y la lujuria, se reflejaban en la vida de sus devotos. Esto se destaca en el mito cananeo de Anat (hermana de Baal), que proporciona ejemplos de actividades características de Baal, quien la viola (a Anat). Por otro lado, Anat es representada en un brutal alboroto, causando carnicería y regocijándose en el derramamiento de sangre. Estas narrativas son descritas como explícitas y sensuales, retratando la brutalidad y la falta de restricciones de la mitología cananea.

El **sacrificio de niños** se destaca como parte de las prácticas religiosas cananeas. Descubrimientos arqueológicos atestiguan que los habitantes sacrificaban regularmente a sus primogénitos a dioses o demonios, con evidencia de pequeños esqueletos encontrados en grandes vasijas. A pesar de la maldad de los cananeos, Dios les concedió más de cuatrocientos años de misericordia, dándoles la oportunidad de volverse a Él. Sin embargo, la justicia y la misericordia divinas exigieron juicio por su persistente desafío contra Dios.

El concepto de *kherem*

Al leer el libro de Josué, nos horroriza la orden dada a Israel de destruir totalmente a los cananeos sin posibilidad de escape. El concepto de aniquilación total expresado por el término hebreo **kherem** es central en el libro de Josué, desempeñando un papel fundamental en la configuración de la narrativa y la interacción de los israelitas con los habitantes de Canaán. Este término hebreo tiene un peso significativo, representando lo que está *prohibido, maldito o dedicado a la aniquilación*. La naturaleza multifacética del *kherem* abarca la dedicación completa e irrevocable de personas, animales u objetos a Dios para Su uso exclusivo, a menudo culminando en su destrucción, especialmente en el contexto de la guerra. Para comprender plenamente las implicaciones del *kherem*, es imperativo

profundizar en su contexto bíblico. A través de este estudio, examinaremos sus diversas facetas, sus limitaciones en el tiempo y el espacio, y su relación con los temas más amplios de la santidad y la gran controversia.

El término *kherem* aparece ochenta y tres veces en el Antiguo Testamento, funcionando tanto como verbo como como sustantivo. Como verbo designa acciones como la aniquilación de personas idólatras en Israel (Deuteronomio 3:6), la dedicación de animales o personas a Yahweh (Levítico 27:27, 28), la destrucción masiva en la guerra (por ejemplo, Josué 2:10; 6:18, 21; 8:26; 10:1), la exclusión de la comunidad judía (Esdras 10:8), y actos de destrucción ejecutados por el propio Señor (por ejemplo, Isaías 11:15; Jeremías 25:9). Como sustantivo, *kherem* se refiere a cosas pertenecientes a personas idólatras en Israel que deben ser destruidas (Deuteronomio 7:26), cosas o personas consagradas (Números 18:14), y cosas o personas dedicadas a la destrucción (por ejemplo, Josué 6:17, 18).

Es necesario hacer una distinción crucial entre *kherem* punitivo y no punitivo basándose en los datos bíblicos. Levítico 27:27, 28 introduce el caso bíblico del *kherem* no punitivo, donde algo es irrevocablemente consagrado a Dios para uso del santuario (Números 18:14). El *kherem* no punitivo, o de tiempo de paz, demuestra la irreversibilidad que comprende el concepto. Mientras que las personas y los objetos dedicados como *kherem* a Dios eran irredimibles, y por lo tanto consagrados de por vida al santuario, los objetos y personas dedicados al *kherem* por Dios o por un cuerpo legal debían ser irrevocablemente destruidos.

Levítico 27:21, 28 destaca la cercanía entre *santo* y *kherem*, ya que ambos indican algo que pertenece a Yahweh, pero de diferentes maneras. Lo que es *qodesh*, o *santo*, pertenece a Yahweh por derecho de propiedad especial y por reflejar Su carácter. Lo que es **kherem** también pertenece a Yahweh, pero representa aquello que se ha opuesto a los propósitos divinos, y se ha vuelto tan maligno que es *reclamado*. Esta dedicación es similar a los coches viejos y averiados que se llevan a un desguace y luego se funden.

Reconocer la relación entre santidad y *kherem* lleva a comprender que existe una estrecha conexión entre el concepto de aniquilación total y la gran controversia. El *kherem* se convierte en una herramienta a través de la cual Dios crea orden en medio del caos y manifiesta Su santidad en una cultura pecaminosa y corrupta, un proceso evidente en la conquista de Canaán. Significa el establecimiento de un nuevo orden mundial basado en el carácter santo de Yahweh. Así, el *kherem* se convierte en un medio a través del cual Dios reclama y consagra a la destrucción aquello que se ha corrompido y opuesto a los propósitos divinos, significando el fin de una civilización corrupta y el establecimiento de un nuevo orden social.

El Nuevo Testamento retrata un mundo en el que todo mal es causado, en última instancia, por un ser consciente e inteligente llamado Satanás y sus ángeles (Lucas 10:18; 1 Juan 3:8; 2 Pedro 2:4; 1 Tesalonicenses 2:18; Mateo 13:19; Apocalipsis 20:2). Satanás es presentado como el gobernante de este mundo (Juan 14:30; 2 Corintios 4:4) quien finalmente será destruido como resultado del juicio de Dios (Mateo 25:41; Apocalipsis 20:10). Esta enseñanza implicaría que detrás de las falsas deidades de los cananeos se encontraba un ser

real y maligno que cuestionaba y socavaba la autoridad de Dios. Así como Faraón, quien luchó contra los planes del Señor para establecer un pueblo para Sí mismo, endureció su corazón en reacción a la revelación del Señor (por ejemplo, Éxodo 8:15, 19, 32; 9:34; 1 Samuel 6:6), así hicieron los cananeos que decidieron luchar contra Israel (Josué 11:20).

Por muy dura que nos pueda parecer hoy la práctica del *kherem*, el examen de las guerras históricas de Israel revela que el uso del *kherem*, particularmente en el sentido de destruir naciones extranjeras en la guerra, está significativamente **restringido en el tiempo**. La mayoría de los casos relacionados con el *kherem* están vinculados al período de la conquista, con ocurrencias limitadas más allá de esta fase del establecimiento divino de la teocracia israelita.

No solo el *kherem* está confinado a un cierto período de la historia, sino que también está **limitado en su rango de acción**. Las instrucciones en Deuteronomio 20 distinguen entre la guerra contra naciones fuera de la Tierra Prometida y las que están dentro de ella. Mientras que el *kherem* se dirige a los cananeos durante la conquista, las guerras contra otras naciones requieren ofertas de paz o tratados de vasallaje, lo que demuestra la aplicación matizada de este concepto basada en la geografía. También hubo excepciones dentro de Canaán. Josué 2, 6 y 9 proporcionan ejemplos de exención de la prohibición a través del trato de Rahab y los gabaonitas. Como cananea y prostituta, Rahab tipifica el tipo de persona que Israel fue comisionado a destruir según la ley de Deuteronomio. Sin embargo, el caso de Rahab demuestra que escapar del *kherem* se basa en una decisión individual, particularmente en el reconocimiento de la **supremacía de Yahweh** y el establecimiento de un pacto con Él. Su exención de la prohibición apunta hacia una alternativa viable a la destrucción total: la cooperación pacífica basada en la fe. El caso de los gabaonitas ilustra lo que podría haber sucedido si los cananeos, en sincero reconocimiento del Señorío de Yahweh, se hubieran sometido a Su voluntad.

Desposesión en lugar de aniquilación

Las narrativas del Pentateuco posteriores al Éxodo están marcadas por mandatos divinos que sancionan la guerra contra pueblos específicos. El examen de estos pasajes arroja luz sobre la naturaleza de la **guerra santa**, desvelando sus objetivos y motivaciones. Los términos recurrentes en estos textos pueden clasificarse en dos grupos, abarcando el primer grupo términos que describen actos de **desposesión, expulsión y disipación** contra los habitantes de la Tierra Prometida (por ejemplo, Éxodo 23:28-31; 34:11; Levítico 18:24; 20:23; Deuteronomio 6:19; 9:4; Josué 13:12,13; 14:12; 15:14, 63; 16:10; 17:12,13; 23:5; 24:12). El segundo grupo de términos expresa **destrucción** con Israel como sujeto, y se refieren principalmente a objetos inanimados como artículos de culto pagano dedicados a la destrucción (Éxodo 34:13; Deuteronomio 7:5, 26; 12:3; Números 33:52).

Diferenciar entre enemigos que huirían y aquellos que confrontarían a Israel desafiadamente hace razonable asumir que aquellos que huyeron no fueron aniquilados en las batallas de la conquista. Numerosos pasajes hablan de *expulsar a los cananeos* sin

necesariamente implicar su destrucción. El término *yarash* se refiere a tomar posesión de la Tierra Prometida mediante la desposesión, implicando destrucción solo en caso de oposición desafiante. En un sentido similar, la guerra santa está dirigida a la **cultura y sociedad corrompidas de Canaán**, para eliminar los elementos que la propagan. Notablemente, estas acciones destructivas están dirigidas a objetos, no a individuos, brindando una oportunidad para que las personas escapen.

Dios podría invocar el mismo principio contra Israel. Ejemplos como Deuteronomio 28:63 describen las acciones de Yahweh que conducen al exilio y la dispersión en tierras extranjeras, resultando en una población reducida en lugar de la exterminación completa. Esto refleja una relación de causa-efecto, donde la adopción del comportamiento cananeo invita a consecuencias, pero no garantiza la destrucción total.

Además, la orientación de la guerra santa contra las **ciudades fortificadas**, como centros de culto pagano, apoya la noción de que el objetivo principal era la **cultura cananea corrupta** (Números 21:2, 3; 24:19; Deuteronomio 2:34; 3:5, 6; 20:16; Josué 6:21; 10:37, 39; 11:12). Esta guerra defensiva dirigida a las ciudades, con su asociación a la corrupción, contrasta con el trato a los agricultores y pastores fuera de las ciudades fortificadas. La población fuera de estas ciudades tenía dos opciones: asimilarse a una cultura extranjera o buscar refugio en la ciudad y participar en el conflicto. Aquellos que eligieron esta última opción se arriesgaron a la destrucción total, pero existía la posibilidad de escape para aquellos dispuestos a emigrar. La perspectiva general desafía la noción de que el propósito inicial de la conquista era aniquilar a los habitantes de Canaán, enfatizando la **desposesión** y la eliminación de elementos que fomentaban la corrupción en lugar de la destrucción indiscriminada de individuos.

Una visión de paz

El enfoque principal de este capítulo gira en torno a las guerras divinamente ordenadas y asistidas del Antiguo Testamento. Sin embargo, es crucial reconocer otro tema que, aunque no tan prominentemente destacado, tiene igual significado dentro de los escritos proféticos del Antiguo Testamento: la anticipación de una **era Mesianica pacífica**. En esta visión, el Mesías es retratado como el *Príncipe de Paz* (Isaías 9:6 [versículo hebreo 5]), destinado a establecer un reino caracterizado por la armonía. El profeta Isaías vislumbró un futuro en el que incluso adversarios naturales, como el león y el becerro, coexistirían pacíficamente (Isaías 11:1-6). Este reino ideal está desprovisto de destrucción o daño (versículo 9), gobernado por el reinado de la paz (Isaías 60:17) que fluye como un río (Isaías 66:12).

Voces proféticas similares predijeron un día en que el Señor eliminaría los instrumentos de guerra de la tierra, eliminando arcos, espadas y batallas (Oseas 2:18). Carros de guerra y caballos ya no serían instrumentos de conflicto (Zacarías 9:10). Las naciones, se profetiza, transformarían sus armas de guerra en herramientas de productividad —*convertirían sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en podaderas*—, fomentando un mundo donde las

naciones dejen de participar en conflictos armados y el arte de la guerra ya no sea una habilidad a perfeccionar (Miqueas 4:3, NVI).

Esta visión profética también se expresa en historias, como el acto compasivo de alimentar al ejército sirio iniciado por Eliseo (2 Reyes 6:22) en lugar de recurrir a la masacre [*kherem*]. Estas historias subrayan el ideal supremo que Dios siempre ha deseado para Su pueblo: la **paz**. A pesar de la participación de Dios en un conflicto cósmico que afecta a nuestro planeta, el objetivo final de la redención no es un estado eterno de conflicto o la subyugación de enemigos, sino el establecimiento de una **paz duradera**. El Antiguo Testamento, con su narrativa multifacética, revela así un profundo y constante anhelo por un futuro donde la paz prevalezca sobre el tumulto de la guerra, alineándose con la promesa Mesianica de un mundo transformado por el *Príncipe de Paz* (Isaías 9:6).

1. O. J. Baab and George A. Buttrick, "Prostitution," in *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, 2nd ed. (New York: Abingdon Press, 1962), 3:932; John Gray, *The Legacy of Canaan: The Ras Shamra Texts and Their Relevance to the Old Testament*, Supplements to Vetus Testamentum (Leiden: Brill, 1965), 94.

2. John Bright, *A History of Israel* (Philadelphia, PA: Westminster, 1972), 108.

3. William F. Albright, *Archaeology and the Religion of Israel* (Baltimore, MD: Johns Hopkins, 1968), 72, 129.

4. See, for example, L. E. Stager and S. R. Wolff, "Child Sacrifice at Carthage: Religious Rite or Population Control?" *Biblical Archaeology Review* 10, no. 1 (1984): 30-51; Lawrence E. Stager and Patricia Smith, "DNA Analysis Sheds New Light on Oldest Profession at Ashkelon," *Biblical Archaeology Review* 23, no. 4 (1997): 16; Paul G. Mosca, "Child Sacrifice in Canaanite and Israelite Religion: A Study in Mulk and MLK" (PhD diss., Harvard University, 1975).

5. Charles Sherlock, *The God Who Fights: The War Tradition In Holy Scripture* (Lewiston, NY: Edwin Mellen Press, 1993), 87.

6. For a more detailed analysis of the terms related to the conquest, see Barna Magyarosi, *Holy War and Cosmic Conflict In the Old Testament From the Exodus to the Exile* (Berrien Springs, MI: Adventist Theological Society Publications, 2010), 111-122.